

Se soñaba con ella por la ciencia, después de haberla soñado por el derecho; esto era acaso más lógico, aunque no fuera para el día siguiente. Iba de nuevo á marcharse, y llamaba á Juan, muy embebido en la discusión, cuando Lequeu cedió bruscamente á la necesidad de mezclarse en ella, que ahogaba como una rabia contenida.

—A menos—dijo con su voz agria—que no seáis exterminados todos antes de que lleguen esas felicidades..... Exterminados por el hambre, ó á tiros por los gendarmes, si el hambre os hace peligrosos.....

Le miraban sin comprender.

—Seguramente que si el trigo sigue viniendo de América, dentro de cien años no existirá un campesino en Francia..... ¿Acaso podrá luchar nuestra tierra con aquélla? Antes de que haya tiempo de ensayar el verdadero cultivo, ya estaremos inundados de esos granos. Yo he leído un libro que lo explica muy bien.....

Pero en su arrebato, vió de pronto aquellos espantados rostros vueltos hacia él, y no acabó la frase sino con un furioso gesto, y afectó volver á la lectura de su periódico.

—Sí, los granos de América os fastidiarán—dijo Cañón—si el pueblo no se apodera de las grandes tierras.

—Y yo—concluyó Hourdequin—os repito que no es preciso que esos granos vengan..... Después de esto, votad á Rochefontaine, si ya estáis cansados de mí en la alcaldía y si queréis el trigo á quince francos.

Subió á su carruaje, seguido de Juan, que cambió una mirada de inteligencia con Francisca.

En la taberna Macqueron hablaba vivamente á Delhomme por lo bajo, mientras que Cañón, que había recobrado su aire de burlarse de todo, acababa el aguardiente bromeando con Jesucristo á quien llamaba «señorita noventa y tres». Pero Buteau, saliendo como de un sueño, se apercibió bruscamente de que Juan se había ido, y se quedó sorprendido al ver á Francisca á la puerta de la sala, donde se había plantado con Berta para escuchar. Le disgustó haber perdido el tiempo con la política cuando tenía asuntos muy serios. ¡Esa porquería de política se apodera de nosotros de tal modo! Tuvo una larga explicación con Celina, que acabó por impedirle dar un escándalo inmediato; valía más que Francisca volviera á su casa ella misma cuando se hubiera calmado, y se marchó á su vez, amenazándola con venir á buscarla con una cuerda y un palo si no se decidía.

El domingo siguiente, Rochefontaine fué elegido diputado, y habiendo enviado al prefecto su dimisión Hourdequin, Macqueron fué al fin alcalde; parecía que iba á reventar de gozo.

Aquella noche fué sorprendido Lengaigne, furioso, con las bragas caídas, á la puerta de su victorioso rival. Murmuraba:

—¡Lo hago donde me da gana, ahora que gobiernan los cochinos!

VI.

Pasó la semana, y empeñándose Francisca en no volver á casa de su hermana, ocurrió un espectáculo abominable en el camino: Buteau, que la

arrastraba por los cabellos, tuvo que dejarla después de haber sufrido crueles mordiscos, de tal modo que Macqueron la tomó miedo y puso á la joven á la puerta, declarándole que como representante de la autoridad él no podía alentarla en su rebeldía.

Pero precisamente pasaba la Grande, y ella se llevó á Francisca. De edad de ochenta y ocho años, no se preocupaba de su muerte más que para dejar á sus herederos, con su fortuna, el enredo de un proceso interminable: una complicación de testamento extraordinaria, preparada con cuidado, por la que, bajo el pretexto de no perjudicar á nadie, los obligaba á devorarse todos: su idea era que, puesto que no podría llevarse sus bienes, debía llevarse el consuelo de dejar con ellos la ponzoña á los demás. Para ella no había placer mayor que el ver cómo la familia se destrozaba. Así, se apresuró á instalar á su sobrina en su casa, decidida, á pesar de su avaricia, por el pensamiento de sacar de ella mucho trabajo por poco pan. En efecto, desde la noche la hizo fregar toda la casa. Después, cuando se presentó Buteau, lo recibió con mala cara; y el que hablaba de echarlo todo á rodar en casa de Macqueron, tembló, paralizado por la esperanza de la herencia, no atreviéndose á entrar en lucha con la terrible Grande.

—Tengo necesidad de Francisca, y me quedo con ella, puesto que no le gusta estar con vosotros..... Por lo demás, ya es mayor y tenéis que rendirle cuentas. Hay que hablar de esto.

Buteau se marchó furioso, espantado ante lo que se le venía encima.

Ocho días después, en efecto, hacia mediados de

Agosto, Francisca cumplía veintiún años. Desde aquella hora era dueña de sí. Pero no había hecho más que cambiar de miseria, porque también temblaba delante de su tía, y se mataba á trabajar en aquella fría casa de avara, donde todo debía estar muy limpio sin gastar en jabón ni estropajos: bastaba con agua pura y brazos. Un día, por haberse olvidado de echar de comer á las gallinas, por poco le rompe la cabeza con un palo. Contaban que para evitar trabajo al caballo, la Grande enganchara á su nieto Hilario á la carreta; y si esto era invención, la verdad era que le trataba como á una bestia, abrumándole de trabajo, abusando de su fuerza brutal y alimentándole: por otra parte, de cortezas y de sobras como al cerdo. Cuando Francisca comprendió que á ella le iba á suceder lo mismo, no tuvo más que un deseo, abandonar la casa. Y entonces fué cuando de pronto le entraron ganas de casarse.

Sencillamente deseaba acabar. Antes que volver con Elisa se dejaría matar, aferrada á una de aquellas ideas de justicia que, niña todavía, acudían á su cerebro. Su causa era la única justa, y se despreciaba por haber esperado tanto tiempo; no hablaba de su cuñado, aquel cochino de Buteau, y sólo hablaba duramente de su hermana, sin la cual habrían podido continuar viviendo juntos. Hoy no vivía más que para hacerse devolver lo suyo, su parte de herencia. Pensaba en ello á todas horas, y se irritaba á la idea de que había que llenar ciertas formalidades que no acabarían nunca. ¡Cómo! esto es mío, esto es tuyo, y se podría acabar en tres minutos. ¡Si tratarían de robarla! Sospechaba de toda la familia, y llegaba á

decirse que sólo un hombre, un marido la sacaría en bien. Sin duda que Juan no tenía nada y que la llevaba quince años. Pero ningún otro mozo la solicitaba, acaso ninguno se atrevería á ello á causa de aquellas historias de casa de Buteau, á quien nadie quería tener en contra; tanto se le temía en Rognés. Y luego ¿qué? ella se había ido una vez con Juan; sin duda que aquello no importaba, porque no había tenido consecuencias; era muy bueno, muy honrado. Tanto más desde el momento en que ella no amaba á otro y que lo tomaba sólo para que la defendiese y para que rabiasse Buteau. También ella tendría un hombre suyo.

Juan la había conservado un gran afecto. Sus deseos de poseerla se habían calmado. Pensaba en ella considerándose como su marido, pues que habían mediado promesas. Había esperado pacientemente hasta su mayor edad, sin contrariarla en su idea de esperar, impidiéndola, al contrario, que pusiera las cosas contra ella en casa de su hermana. Ahora ella podía dar más razones de las necesarias para tener á todo el mundo á su lado. Así, aun réprochándole la manera brusca de marcharse, le repetía que todo lo ganaría. En fin, cuando ella quisiera hablar de lo demás, él estaba dispuesto.

Y de este modo fué decidido el casamiento una noche que él fué á buscarla detrás del establo de la Grande. Abriase allí una vieja valla, y apoyáronse en ella, él fuera y Francisca dentro; por entre sus piernas corría un arroyo de aguas sucias.

—Ya sabes, Caporal—dijo ella la primera mirándole á los ojos—que este es el momento de hablar en serio.

Él también la miraba fijamente, y respondió: —Yo no te había vuelto á hablar, porque sólo quería tu bien..... Pero tienes razón, éste es el momento.

Hubo una pausa.

Él había puesto su mano sobre la de la joven apoyada en la barrera. Y continuó:

—Es menester que no te atormente la idea de la Cognette á causa de las historias que han corrido..... Lo menos hace tres años que no la he tocado la piel siquiera.

—Entonces, lo mismo me pasa á mí; no quiero que te preocupe la idea de Buteau..... El cochino dice por todas partes que me ha gozado. ¿Lo crees tú acaso?

—Todo el mundo lo cree en el país—murmuró Juan para eludir la contestación.

Pero como ella siguiera mirándole:

—Sí, lo he creído..... Y verdaderamente me lo explicaba, porque conozco á ese miserable, y tú no podías hacer otra cosa que pasar por ello.

—¡Oh! sí, lo ha intentado, y bastante me ha martirizado el cuerpo. Pero si te juro que jamás ha llegado hasta el fin, ¿me creerías?

—Te creo.

Para atestiguarle su complacencia, él acabó de cogerle la mano y la conservó apretándole la suya con el brazo apoyado en la barrera. Advirtiéndole que las aguas sucias le mojaban los zapatos, separó las piernas.

—Parecías estar en su casa tan á gusto, que habría podido complacerte que él te cogiese.....

Ella sintió algún malestar y bajó sus miradas tan francas.

—Tanto más cuanto que antes tú no querías nada conmigo, ¿te acuerdas? No importa, vale más que no te hiciera entonces un hijo. Esto es lo mejor.

Interrumpióse para hacerla notar que estaba en el arroyo.

—Ten cuidado, que te mojas.

Francisca separó sus pies y concluyó:

—De modo que estamos de acuerdo.

—Estamos de acuerdo; fija la fecha que quieras.

Ni siquiera se abrazaron; estrecháronse las manos como buenos amigos por encima de la valla, y cada cual se fué por su lado.

Aquella noche, cuando Francisca anunció á su tía su voluntad de casarse con Juan, explicándola que necesitaba un hombre para entrar en posesión de sus bienes, la Grande no contestó nada al pronto. Calculaba la pérdida, la ganancia, el placer que podía tener en ello; y sólo al día siguiente aprobó el matrimonio. Durante toda la noche había estado pensando en el asunto, porque casi nunca dormía, ideando siempre picardías contra la familia.

Aquel matrimonio le parecía tan fecundo en disgustos para todos, que se sentía casi enardecida por un fuego juvenil. Preveía los menores inconvenientes, y ya de antemano los complicaba. Dijo á su sobrina que por cariño á ella se encargaba de todo. Al hablar así blandía su caña; puesto que la abandonaban, ella le serviría de madre, y ya verían!

En primer lugar, la Grande llamó á su hermano Fouan para hablar de las cuentas de la tutela.

Pero el viejo no pudo dar ninguna explicación. Le habían nombrado tutor sin pretenderlo; y pues que el señor Baillehache lo había hecho todo, á él habría que dirigirse. Por lo demás, desde que advirtió que se trabajaba contra los Buteau, se mostró más ignorante todavía. La edad y la conciencia de su debilidad le acobardaban y le ponían á merced de todos. ¿Por qué se habría peleado con los Buteau? Ya dos veces había sentido deseos de volverse con ellos después de noches en que había visto á Jesucristo y á la Trouille rondar por su cuarto y meter las manos hasta en los colchones para robarle sus papeles. Seguro de que acabarían por asesinarle en el castillo, no salía ninguna noche. La Grande, no pudiendo sacar nada de él, le despidió gritando que irían á los tribunales como hubieran tocado la parte de la pequeña. Del hombre, á quien asustó después, como miembro del consejo de familia, volvió á su casa tan malo, que Fanny dijo que prefería pagar de su bolsillo más bien que tener procesos. La cosa marchaba y comenzaba á ser divertida.

La cuestión era saber si había que entablar desde luego la partición ó proceder en seguida al matrimonio. La Grande pensó en ello dos noches y se decidió por el matrimonio inmediato. Francisca casada con Juan, reclamando su parte, asistida por su marido, aumentaría el disgusto de los Buteau. Entonces precipitó las cosas, encontrando su ligereza de piernas de la juventud; ocupóse en arreglar los papeles de su sobrina, pidió los de Juan, lo arregló todo en la alcaldía y en la iglesia, y llevó su pasión hasta á adelantar el dinero necesario, pero con un recibo firmado por los dos, y

cuya suma la duplicaban los intereses. Lo que la desesperaba eran los vasos de vino que tenía que ofrecer forzosamente durante aquellos preparativos; pero hacía uso de un vinillo imbebible. Decidió que no hubiera comida de boda, á causa de los disgustos de familia: la misa y un refresco para brindar por la dicha de los novios. Los Charles, invitados, se excusaron pretextando los cuidados que les inspiraba su yerno Vancogne. Fouan, inquieto, se acostó diciendo que estaba enfermo. De los parientes no hubo más que Delhomme, que quiso ser uno de los testigos de Francisca, á fin de marcar la estimación que profesaba á Juan, una buena persona. Por su parte, éste no llevó más que á sus testigos, su amo Hourdequin y uno de los criados de la granja, compañero suyo. Rognes estuvo pendiente de aquel matrimonio. En la alcaldía Macqueron exageró delante del antiguo alcalde las formalidades, reventando de importancia. En la iglesia hubo un incidente penoso: al decir la misa el abate Madeline tuvo un desmayo. Se encontraba mal, echando de menos sus montañas, en aquellas llanuras de la Beauce, disgustado por la indiferencia religiosa de sus nuevos feligreses, y mareado por los chismes y las continuas disputas de las mujeres, á las que no se atrevía ni aun á amenazar con el infierno. Habían conocido su debilidad y le tiranizaban hasta en las cosas del culto. Sin embargo, Celina, Flora, todas mostraron mucha piedad cuando le vieron caer contra el altar, y declararon que aquello era un signo de desgracia y de muerte próxima para los novios.

Se había decidido que Francisca continuaría

viviendo en casa de la Grande mientras que no se hiciera la partición, porque se había empeñado, con su terquedad, en que la casa había de ser para ella. ¿A qué alquilar otra para quince días? Juan, que seguiría en la granja entretanto, vendría por las noches. La noche de boda fué bastante triste, aunque no les disgustase verse al fin juntos. Cuando él la cogió, púsose ella á llorar de tal modo, que parecía que se ahogaba; y sin embargo, él no le había hecho daño, pues al contrario, se portó muy delicadamente. Lo peor era que en medio de sus sollozos ella le respondía que no tenía nada contra él y que lloraba sin saber por qué. Naturalmente, aquello no era á propósito para inflamar á un hombre; y aunque volvió á cogerla y la retuvo entre sus brazos, apenas experimentaron placer, menos todavía que en el pajar, la primera vez. Estas cosas, decía él, cuando no se hacen en seguida pierden todo gusto. Por lo demás, á pesar de este malestar, de esta especie de embarazo que les había sobrecogido el corazón al uno y al otro, estaban muy de acuerdo y acabaron la noche, no pudiendo dormir, en decidir qué harían cuando tuvieran la casa y la tierra.

Desde el día siguiente Francisca exigió la partición. Pero la Grande no tenía tanta prisa: quería alargar el placer sacando la sangre á la familia á alfilerazos; además quería aprovecharse de la pequeña y de su marido, que todas las noches pagaba con dos horas de trabajo el alquiler del cuarto. Sin embargo, hubo que ir á preguntar á los Buteau cómo entendían la partición. Ella misma, en nombre de Francisca, exigía la casa, la mitad de la pieza de labor, la mitad del prado, y aban-

donaba la mitad de la viña, que era en lo que estimaba la casa aproximadamente. Esto era justo y razonable en suma, porque este arreglo amigable habría evitado acudir á la justicia, que siempre se queda con la mejor parte entre manos. Buteau, que al entrar la Grande se había descompuesto, por obligado que estuviera á respetarla á causa de su dinero, no pudo oír más, y salió violentamente por temor á tener que pegarla. Y Elisa, que se había quedado sola, estaba encolerizada.

—¡La casa! ¡ella quiere la casa, esa descastada, esa cualquier cosa que se ha casado sin siquiera venir á verme!..... Pues bien, tía, antes me dejaré matar que entregarle la casa.

La Grande permaneció tranquila.

—Bueno, bueno, hija mía, no hay que irritarse..... Tú también quieres la casa y estás en tu derecho. Eso es lo que se va á ver.

Y durante tres días anduvo así, de una hermana á otra, llevándolas las tonterías que se dirigían y exasperándolas hasta el punto de que las dos enfermaran. Sin cesar en sus maniobras, les decía cuánto las amaba y cuánto reconocimiento le deberían sus sobrinas por haberse resignado á aquel oficio de perro. Convínose, en fin, en que se partiría la tierra, pero que la casa y el mobiliario, lo mismo que los animales, se venderían judicialmente, pues no podían entenderse. Cada cual de las dos hermanas juraba que ella compraría la casa á cualquier precio, aunque se quedara sin camisa.

Grosbois vino á medir la tierra y á dividirla en dos lotes. Había una hectárea de prados, otra de viña, dos de labor; éstas eran, sobre todas, las

que Buteau, después de su matrimonio, se obstinaba más en no soltar, porque lindaban con las que el mismo llevaba de las de su padre, lo que constituía una pieza de cerca de tres hectáreas, tal como no la poseía ningún otro vecino de Rognes. ¡Con qué rabia vió á Grosbois instalar sus instrumentos! Allí estaba la Grande para vigilar, pues Juan había preferido no acudir por temor á una batalla. Enredóse una discusión porque Buteau quería que la línea fuese tirada paralelamente al valle del Aigre, de modo que su campo quedase unido á su lote; mientras que la tía exigía que la división se hiciera perpendicularmente, en la forma en que se partían los bienes de la familia desde muy antiguo. Buteau, enfurecido, decía:

—¿De modo que si me toca el primer lote, quedaré en dos pedazos, porque tendré esto de un lado y mi campo de otro?

—¡Caramba! muchacho, en tí consiste sacar el lote que te convenga.

Hacía un mes que Buteau se sentía mal. Desde luego se le escapaba la muchacha; el deseo contenido lo tenía enfermo desde que no podía darle pellizcos debajo de las sayas, con la esperanza obstinada de poseerla algún día; y además, aquel matrimonio, la idea de que otro la tenía en su cama gozándola á su placer, habían acabado por quemarle la sangre. Ahora el otro le quitaba además la tierra para poseerla también. Valía tanto como cortarle un miembro. La muchacha al menos podía volver á encontrarla; pero la tierra, una tierra que él miraba como suya, que había jurado no devolver jamás! Buscaba medios, soñaba confusamente violencias, asesinatos, que sólo